

La División Azul novelada: los casos de *Ida y vuelta* (1946), de Antonio José Hernández Navarro, y *División 250* (1954), de Tomás Salvador

Jesús GUZMÁN MORA

Universidad de Salamanca
jesus.guzmanmora@usal.es

RESUMEN

Al regresar de la Segunda Guerra Mundial varios de los miembros de la División Azul reflejaron por escrito su experiencia dentro del derrotado ejército alemán. Estas novelas fueron publicadas para difundir la propaganda anticomunista y evitar el olvido del grupo durante la dictadura franquista. Dos interesantes casos fueron las novelas *Ida y vuelta* (Antonio José Hernández Navarro, 1946) y *División 250* (Tomás Salvador, 1954). Se parte de estos dos textos con la intención de detectar los tópicos presentes en la literatura divisionaria.

Palabras clave: División Azul, Literatura del franquismo, Literatura divisionaria, *División 250*, *Ida y vuelta*.

The fictionalized Spanish Blue Division: the cases of *Ida y vuelta* (1946), by Antonio José Hernández Navarro, and *División 250* (1954), by Tomás Salvador

ABSTRACT

Returning from the World War II some members of the Spanish Blue Division wrote about their experiences in the Eastern Front. These books were published to promote the anti-communist propaganda and to avoid the forgetting of this group in the Spanish dictatorship. Two interesting cases are the novels *Ida y vuelta* (Antonio José Hernández Navarro, 1946) and *División 250* (Tomás Salvador, 1954). Starting off these examples, the paper aims to detect the topics of the literature about the Spanish volunteers in the Soviet Union.

Keywords: Spanish Blue Division, Literature in the Dictatorship, *División 250*, *Ida y vuelta*.

1. Introducción

La División Azul fue la representación de la España franquista en el frente del Este durante la Segunda Guerra Mundial. Más de 45.000 hombres devolvieron la visita que, según consideraba el nuevo Estado, había realizado la Unión Soviética en la reciente contienda fratricida. Los miembros de la unidad disuelta en octubre de 1943, a la que siguieron la breve Legión Azul, la participación a título individual de los conocidos como *irreductibles* en la Batalla de Berlín y la estancia durante más de una década de los prisioneros de guerra en el Gulag –donde compartieron penalidad con españoles republicanos– generaron una serie de libros de memorias y novelas que vienen a conformar la literatura divisionaria¹. Un vistazo rápido a este catálogo de textos, escritos en su mayoría por antiguos combatientes, ofrece una lista de ejemplos nada desdeñable para el periodo dictatorial: *De España a Rusia: 5.000 kms. con la División Azul* (Víctor José Jiménez y Malo de Molina, 1943); *Campaña de invierno* (Enrique Errando Vilar, 1943); *¡Guerra! Historia de Luis Pablos* y *El sol y la nieve* (Rodrigo Royo, 1944 y 1956); *De las memorias de un combatiente sentimental* (Alberto Crespo, 1945); *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul* (José Luis Gómez Tello, 1945); *Ida y vuelta* (Antonio José Hernández Navarro, 1946); *4 Infantes, 3 luceros* (Jaime Farré Albiñana, 1949); *La Rusia que yo conocí* (Ángel Ruiz Ayúcar, 1954); *Rusia no es cuestión de un día... Estampas de la División Azul* (Juan Eugenio Blanco, 1954); *División 250* (Tomás Salvador, 1954); *Embajador en el infierno* (Torcuato Luca de Tena, 1955); *El desconocido* (Carmen Kurtz, 1956); *La paz empieza nunca* (Emilio Romero, 1957); *Tudá (Allá)* (Luis Romero, 1957); *Algunos no estamos muertos* (Carlos María Ydígoras, 1957); *Orillas del Voljov, Arrabales de Leningrado* y *Y lucharon en Krasny Bor* (Fernando Vadillo, 1967, 1971 y 1975); *Berlín a vida o muerte* (Miguel Ezquerro, 1975). De esta lista, no puede quedar excluido Dionisio Ridruejo, a pesar de que *Los cuadernos de Rusia* se publicaran en 1978, tres años después de su fallecimiento. Incluso el exiliado César Muñoz Arconada escribió sobre la División un relato que ha sido recogido recientemente en un volumen de cuentos². En los últimos años, novelas como *El rojo en el azul* (Jero Salmerón, 2005); *El tiempo de los emperadores extraños* y *Los demonios de Berlín* (Ignacio del Valle, 2006 y 2009); *El corazón helado* (Almudena Grandes, 2007); *Niños feroces* (Lorenzo Silva, 2011); *Me hallará la muerte* (Juan Manuel de Prada, 2012) o *El invierno en tu rostro* (Carla Mon-

¹ La bibliografía sobre la División Azul, que en diversas ocasiones ha pecado de hagiográfica, ha crecido en los últimos años de manera considerable con diversas monografías escritas desde el rigor histórico y la búsqueda exhaustiva en los archivos. Estos estudios han renovado el clásico *La División Española de Hitler: la División Azul en Rusia* (Gerald R. Kleinfeld y Lewis A. Tambs, 1983). Destacan, entre las publicaciones recientes, *La División Azul: sangre española en Rusia, 1941-1945* (Xavier Moreno Juliá, 2004), *De héroes e indeseables: la División Azul* (José Luis Rodríguez Jiménez, 2007) y *Camarada invierno: experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)* (Xosé Manoel Núñez Seixas, 2016).

² El texto referido lleva el título «Barro Azul» y puede leerse en *Cuentos de Madrid* (ed. de Natalia Kharitonóva 2007) entre las páginas 117 y 132.

tero, 2016) han retomado y reinterpretado la temática divisionaria como tema principal o tangencial.

La relación entre la División Azul y la literatura durante el franquismo fue, sin duda, una de las más peculiares de las que se presentaron en las letras españolas para este periodo. Esto se debió a la intermitencia en las necesidades del régimen para con este grupo y el ansia de los integrantes del mismo de dar testimonio de su experiencia en la Unión Soviética³. El temor a caer en el olvido fue expresado por Juan Eugenio Blanco en la justificación que daba a la hora de redactar su libro *Estampas de la División Azul*: dirigiéndose al receptor del texto le comunicaba que «si no eres divisionario» escribía el texto para «informarte», mientras que si el lector había formado parte del voluntariado azul pretendía «hablar contigo, recordar» (1954: 6). Del relato divisionario, en las escasas ocasiones en las que ha sido objeto de estudio, se ha señalado su similitud en estilo y contenido, al destacar, como ha hecho Julio Rodríguez Puértolas, su «prosa directa, entre periodismo y crónica, y mínima preocupación estética, sustituida por la retórica del fascismo y por los habituales tópicos acerca de las virtudes de la raza hispánica» (2008: 714). Mainer, a pesar de que su valoración se extiende a la literatura española generada en torno a la contienda internacional ha señalado que el «número de las obras de creación literaria que reflejan entre nosotros los rumbos y agonías de la segunda guerra mundial no fue ni muy elevado ni, por supuesto, relevante en orden a los méritos» (1989: 245). Cuando este autor se ha referido a algunos de los escritos acerca de la División Azul, ha indicado que «tienen un valor imperecedero que va más allá de la muestra de un estado de opinión precariamente adobado de literatura» (1989: 261). Para Núñez Seixas, quien más ha profundizado en el tema, estos textos «transmiten una imagen altamente *falangistizada* de la DA, y por tanto tienden a homogeneizar y hasta a mitificar la pluralidad de motivaciones y situaciones que concurrían en los voluntarios» (2005: 92). Según el autor, conforman «una suerte de subgénero dentro de la literatura fascista española» (2005: 94).

2. *Ida y vuelta* (Antonio José Hernández Navarro, 1946) y *División 250* (Tomás Salvador, 1954)

Los dos casos concretos que ocupan este trabajo son *Ida y vuelta*, de Antonio José Hernández Navarro, y *División 250*, de Tomás Salvador, dos antiguos divisionarios de diferente trayectoria tras su regreso de Rusia: mientras que el primero representó al Sindicato Vertical como Procurador en Cortes, el segundo mantuvo

³ La periodización de la literatura divisionaria encontró dos momentos de mayor proliferación: los años de la Segunda Guerra Mundial y el retorno de los prisioneros en el *Semíramis* tras la muerte de Stalin. Mientras la *cuestión española* se trató en las Naciones Unidas y la España franquista sufrió el aislamiento internacional, la División Azul fue llevada a un segundo plano por parte de la dictadura (Núñez Seixas 2005: 90). A pesar de todo, desde la distensión de la Guerra Fría que se vivió en la década de 1960 el tema fue silenciado de nuevo y solo vieron la luz textos menores y reediciones de clásicos de la temática (Ibáñez Hernández 1996: 86).

una extensa relación con la literatura. Escribió novelas policíacas y fue uno de los pioneros en la elaboración y difusión de las letras de ciencia-ficción en España, a través de su editorial Marte. Además, en la agonía del franquismo, publicó *Camaradas 74*, novela divisionaria representante del desencanto del grupo y que le costó la expulsión de la Hermandad de Antiguos Combatientes de la División Azul que él mismo había ayudado a fundar (Martínez 1984: 79). Ambos libros, aunque pertenecen al campo de la ficción, beben de sus experiencias en la Unión Soviética. Mientras que *División 250* es «un fresco coral y poliédrico de los soldados españoles que participaron en el sitio de Leningrado» (Sánchez Zapatero 2014: 8), *Ida y vuelta* se centra en la figura de Agustín, un divisionario que podría ser, para su autor, cualquiera de los que participó en la unidad: «Falangista, Joven y Universitario» que se podría haber «llamado Pedro, Juan o Francisco, siempre que no hubiera dejado de reunir en su persona estos tres calificativos limpios» de «un hombre cualquiera representante idóneo de una generación [...] de los que combatieron en Rusia ante un enemigo que aún permanece en pie y al que aún no han renunciado a derrotar» (1971: 19)⁴.

Por este motivo, la literatura divisionaria es la expresión de quienes acudieron al frente oriental convencidos de la utilidad de su misión para con el fascismo español. En ella se detecta fácilmente la siguiente serie de tópicos: el *guripa* describió al aliado nazi y la idílica Alemania; al defenestrado ruso y la infernal Unión Soviética; diversas escenas de la crueldad de la batalla; la dulce e idílica relación que estableció con el género femenino y el trato con el pueblo judío. Además, los libros de la División Española de Voluntarios sirvieron para expresar el desencanto falangista con el Estado dictatorial, que había aplazado sin fecha la revolución nacional-sindicalista que reclamaban los miembros del partido único más fieles al credo *joseantoniano*.

Los soldados de la División 250 de la *Wehrmacht* –de ahí obtiene el título Salvador– dejaron atrás la depauperada España de posguerra para establecerse en la nación del Tercer Reich. Tras el hostil paso por Francia, donde republicanos exiliados saludaron a los trenes que transportaban a los divisionarios con el puño en alto, insultos y alguna que otra piedra, en Karlsruhe fueron recibidos de manera fastuosa, tal y como relata Tomás Salvador: «En los andenes había una enorme muchedumbre, una nutrida representación de uniformes, gallardetes y, lo que era bueno, unas mesas hábilmente dispuestas y soberbiamente aderezadas» (1974: 48). Los soldados realizaron su instrucción en el campamento bávaro de Grafenwöhr, uno de los puntos clave en el mapa divisionario. Para Hernández Navarro se trata de un lugar «hermoso [...] donde el medio litro de cerveza cuesta tan sólo unos céntimos» (1971: 29), del que su camarada destaca la función de las cantinas como «lugares de reunión, refugio, descanso; ágoras de libre discusión, mercadillos de variado cambala-

⁴ Aunque ya Moreno Juliá (2010) ha incidido en la heterogeneidad del grupo, en el que tuvo cabida hasta el rojo vilipendiado por la dictadura, la autoría de estos textos se reduce a «falangistas o militares de carrera, siempre fervientes fascistas o franquistas; no existe ningún relato salido de la pluma de alguno de los muchos que fueron presionados o forzados a alistarse en sus filas» (Rodríguez Jiménez 2007: 221).

che y templo de resonancia de camiones no siempre edificantes» (Salvador 1974: 75). Pero si hubo un acto que allí destacó por encima de todos, ese fue el juramento de fidelidad a Adolf Hitler. En este evento, al protagonista de *Ida y vuelta* «le silbó todo el día en las orejas el «sí juro» atronador de las dieciocho mil gargantas y el resonar de la tierra cuando la División desfiló en bloques de regimiento» y fue el motivo para escribir «una larga carta a su casa contando todos los detalles» (Hernández Navarro 1971: 38). En *División 250*, el grito fue «un alarido estentóreo» al que siguió un «enorme silencio» (Salvador 1974: 65).

Al mismo tiempo trataron con el soldado alemán, al que ellos llamaron el *doiche*. La relación entre los andrajosos divisionarios y los disciplinados miembros del *Heer* fluctuó entre la admiración y la desconfianza. Para uno de los personajes de Salvador, lucir «el uniforme alemán, aunque fuera un poco camuflado como lo era aquél, tenía sus atractivos», aunque en ningún momento esto podía permitir que se olvidara la hispanidad mediante «las insignias falangistas y universitarias. Con todo aquello bastaba y sobraba para sentirse español, pues la raza iba de pellejo para adentro y no de pellejo para afuera» (1974: 59). El mismo autor insiste en los problemas lingüísticos que surgían entre los dos grupos. Sus compañeros germanos «eran torpes para hacerse entender y sobre todo para entender lo que decían los demás» (1974: 353). Del mismo modo, no solo existen estampas de la visión del español sobre el alemán, sino a la inversa, y que dejan en muy buen lugar la labor de los divisionarios que pasaban de desarrapados a valerosos combatientes en la batalla: «Los alemanes decían que por pocos que fueran los españoles, con sus cantares, con sus bravuconerías, con su facilidad para meter el cuchillo entre los matojos, parecían muchos y sus camaradas alemanes estaban orgullosos de tenerlos al lado» (1974: 331).

La relación con la población rusa es uno de los aspectos de mayor fuerza en el relato divisionario. El conocimiento del «ruso real» (Núñez Seixas 2010: 246) desmontó la imagen de la «Rusia virtual» (2010: 240) que les había proporcionado el franquismo. Esto provocó que la destrucción del país bolchevique que proclamara Serrano desde el balcón de la calle Alcalá el 24 de junio de 1941 se transformara, únicamente, en la lucha contra el comunismo soviético. El trato que proporcionaron los españoles a los indígenas fue estimable y ha sido alabado incluso por el desertor César Ástor quien, «a pesar de su rechazo del franquismo y de la División Azul [...] reitera que los divisionarios se portaron de forma admirable con la población civil rusa, con la que incluso compartían la comida» (Arasa 2005: 330). De ellos dice Hernández Navarro que se trata de «rusos sin mezcla; gente sencilla y sin complicaciones que vivían en casas iguales, desde el tejado pino hecho de finas planchas de madera hasta el sótano destinado a las patatas» (1971: 86). En cambio, a los prisioneros los observa como «unos muertos monstruosos y sucios que se arrojaban al suelo como fieras, para reñir a dentelladas y puñetazos por una cáscara de fruta» y casi todos «[habían] perdido la humanidad en los rasgos y en los ojos, famélicos aunque estuviesen gordos y de buen color» (1971: 48-49). Los voluntarios se auto-proclamaban como liberadores del pueblo, como le ocurre a Salvador: «Nosotros somos Europa, venimos en nombre de Europa. Queremos abrir de nuevo la ventana a Occidente que vuestros tiranos han cerrado» (1974: 305). El anticomunismo de los

divisionarios provoca que, al observar el emblema de la URSS, «su sentidos sufriesen un choque brusco» y les parezca «bien la idea [de arrancarlo]» (Hernández Navarro 1971: 64). Pero el combate contra el totalitarismo ruso no evitaba que se ofrecieran estampas del entorno ruso. Este es el caso, por ejemplo, de San Petersburgo, a la que en contadas ocasiones se la mentaba como Leningrado y, si se hacía, como ocurre en este caso, era para denostarla y marcar la diferencia entre la visión positiva del pasado y la negativa del presente:

San Petersburgo, ventana rusa hacia Occidente, la única ventana, cerrada hogaño, vencida por Moscú, la boyarda, pese a haber sido la cuna de la revolución. San Petersburgo, Petersburgo, Petrogrado, Leningrado... La evolución de una sociedad a través de los nombres. La corte imperial, los palacios, la nobleza dueña de vidas y haciendas, los rabotschi y los monjes de largas barbas. Todo un cambio, desde el San Petersburgo de *Las veladas...*, descrito por Le Maistre, con sus saraos palatinos donde los favoritos de la emperatriz se disputaban el poder con las armas del amor, al actual Leningrado, agarrado en la trampa, hambriento, reducida a pura armazón de ciudad enteramente proletaria. (Salvador 1974: 304)

La lucha contra el miembro del Ejército rojo, que «era [un] buen soldado y estaba bien armado; aguantaba las indecibles calamidades de la guerra como los mismos españoles y no parecía importarle gran cosa la muerte» (Salvador 1974: 284), se realizó en unas condiciones climáticas insoportables. El *General Invierno* obligaba a moverse entre una ventisca que «hacía insoportable la marcha» por lo que debían, para no irse al suelo, confiar «en el [camarada] que iba delante. Si éste caía, caía el inmediato [...] No se escuchaba nada, salvo el roce de la nieve en las ramas de los árboles y los juramentos ahogados de los que resbalaban» (1970: 166). En Rusia hacía tanto frío que era indiferente si a «las cuatro de la mañana el termómetro marcaba 23 grados bajo cero, y durante el día, a las tres de la tarde, doce», ya que «se temblaba igual con los veinte que con los treinta [grados bajo cero]» (1974: 321) El contraste llegaba con el deshielo. A pesar de que el terreno se convertía en un barrizal donde llevar a cabo las maniobras de la batalla era casi imposible, Hernández Navarro aporta una visión idílica de este proceso en que la «carne de los soldados, pálida del invierno, fue bronceándose, y las camisas azules lucieron al sol; y las noches fueron más tranquilas, porque los miedos blancos desaparecieron y los miedos verdes, más que verdes, eran esperanzas» (1971: 200-201).

Los divisionarios también relataron su labor en el intercambio de fuego. Las escenas de batalla se caracterizaban por las actuaciones heroicas de los españoles, en las que llegaban a despreciar incluso su vida. Así, no es extraña la aparición de soldados como aquel que «presumía de vago y en los tiros no se agachaba, según él, por no molestarse» (1971: 190) o aquellos que luchaban «como si la muerte no les acechase a cada paso» y, que mientras disparaban, «cantaban el *Cara al sol* sin cesar» (1971: 110). La exaltación de la guerra lleva a Agustín a que cada disparo le llenara «el corazón de gozo y le hacía rezar un avemaría por el alma del enemigo muerto» (1971: 119). Tomás Salvador hace referencia a una de las armas soviéticas que más temían los españoles, los *organillos de Stalin*, que «disparaba seguidamente treinta y seis proyectiles» y cuyo nombre se inspiraba en los tubos que recorda-

ban «a los de un órgano musical» (1974: 285). En su texto también se presenta a la guerra como un acto de «cierta bárbara belleza» (1974: 338) aunque todos los días en ella son «abrumadoramente iguales» (1974: 330). Aunque el autor anota esto, bien sabe que el combate no era lineal y que siempre hay días que quedarían marcados para siempre en el calendario divisionario. Uno de ellos fue el 9 de febrero de 1943, en el que se libró la batalla de Krasny Bor y que, a pesar de la resistencia espartana que ofrecieron los españoles, resultó un drama que dejó más de mil muertos y unos trescientos prisioneros en unas pocas horas:

Llegaban muchos heridos, pese a que otros tantos se quedaban por el camino, volcados los trineos o volteados los camilleros por la incesante cortina de metralla. Venían asombrados, con las ropas destrozadas, sucios de humo y de sangre. Contaban y no acababan [...] eran remendados como era posible y enviados para atrás. (1974: 339-340)

Pero la División Azul, que prometía en un principio solo la destrucción del comunismo, también llevó a los españoles a otro tipo de vivencias. La relación con la mujer derivó en lo que puede denominarse como *donjuanismo divisionario*. Los vínculos más o menos esporádicos que se establecieron entre los soldados españoles y las mujeres —alemanas, polacas, rusas y letonas— estarían basados en una serie de estrambóticas peripecias seductoras que, en la mayoría de los casos, habría que atribuir a la densa imaginación del español. La terrible diferencia del idioma haría que estos acercamientos fueran menos probables o se desarrollaran en condiciones mucho más lastimosas que las descritas. En cambio no sería extraño que el *amor* surgiera debido a la trágica situación en la que se encontraron muchas mujeres de la retaguardia o prisioneras, a las que la escasez de alimentos las habría llevado a una transacción que cubriera las necesidades de ambas partes. En contraste a esta imagen, los divisionarios coinciden en señalar la alegría reinante en Alemania, donde encontraron unos usos amorosos mucho más liberales que los reinantes en la puritana nueva España influida por el nacionalcatolicismo. Agustín, en *Ida y vuelta*, se pregunta cómo puede ser comunista una mujer rusa «con unos ojos magníficos de una dulzura casi sobrehumana» (1971: 135). Y se recrea en sus amoríos con «Alina, de pelo castaño y ojos verdes, esbelta y ardorosa, que no sabía besar sin morder hasta hacer sangre» (1971: 224), y Annelies, una «muchacha que aún no había olvidado, pero de la que sólo quedaba en su corazón una leve sombra» (1971: 228). Pero, finalmente, se decanta por Asunción, su enamorada de España. Al recibir una carta de ella, sus sensaciones son incomparables a las de cualquier *affaire* vivido durante la Guerra: «Y al anochecer, ya solo, Agustín, soldado en Rusia, se sintió colegial y hasta la hora de la cena soñó un mar de deleites imaginando rozar, con su mano áspera de combatiente, los finos y tibios dedos de Asunción» (1971: 174). A la par, este anhelo por la amada toma tinte medieval cuando acude al combate: «Al tiempo de persignarse y de pisar la nieve, pensó que era muy de novela el salir a una operación dejando una carta incompleta por la mujer amada; una carta que podía quedarse para siempre sin escribir» (1971: 179).

Los divisionarios fueron testigos del trato que los alemanes dispensaban a la población judía. Su papel, según Núñez Seixas, fue el de *bystanders* (2011: 284) ya

que aunque «algunos reaccionaron de modo espontáneo a favor de los judíos en incidentes aislados [...] muy pocos se comprometieron arriesgando su propia seguridad. La mayoría vieron, oyeron y callaron» (2011: 284-285)⁵. La acción más extendida al hacer memoria fue la elipsis o la defensa de la víctima y, aunque su papel como *untermensch* no se olvidaba, no se la hacía merecedora del horror que sufría. Para el soldado, el hombre debía morir en el campo de batalla, donde tenía la opción de defenderse y la defunción entraba dentro de los posibles, de ahí que no comulgue con la ejecución sistemática de los guetos y los campos. Evidentemente, también hay que tener en cuenta que reinó una conciencia políticamente correcta entre los voluntarios a la hora de escribir sobre este tema: no hay que descartar que varios de los que fueron a la Unión Soviética estuvieran, por su innegable –y pocas veces ocultada *a posteriori*– connivencia con el nazismo, de acuerdo con el plan de exterminio de la población judía. No hay que olvidar que el judaísmo formaba parte, con el comunismo y la masonería, de la trilogía que, según la dictadura, se encontraba detrás de la II República.

Aunque sean escasos los ejemplos de antisemitismo, hay que decir a su favor que quienes se atreven a mostrarlo sin ambages realizan un acto de sinceridad y responden en mayor grado a la verosimilitud en su relato que aquellos que decidieron por voluntad propia su ocultamiento. Antonio José Hernández Navarro no tiene ningún inconveniente en que su protagonista muestre su antisemitismo sin reparo. En ningún momento, según se profundizó en el conocimiento del Holocausto, el autor retocó o suprimió ciertos pasajes en sus diferentes reediciones. Esto dio la posibilidad de conocer imágenes como las de la ciudad de Grodno, donde «una gran profusión de judíos de todas las edades y tipos, con sus dos estrellas de paño amarillo, una en el pecho y otra en la espalda para que la buena raza los pudiese conocer a tiempo» y que «andaban y hablaban indiferentes a las miradas de los españoles, para los que la sensación era nueva y viscosa» (1971: 57). En el mismo lugar ve a una mujer judía de «una gran figura» que «llevaba la estrella amarilla como si fuese una flor» a la que «los soldados la piroleaban al pasar con todo el fuego de su mocedad», palabras ante las que ella se mostraba «más arrogante al sentirse deseada». Agustín, que la «deseó más que todos», la increpó con un «¡Jude!» cuando pasó por su lado, ante lo que ella «se estremeció como si hubiera recibido un latigazo y le miró con odio» (1971: 58). El odio de este personaje no encuentra freno y, al contemplar dos cementerios, uno judío y otro católico, describe al primero «como una mancha a ras de tierra», mientras que el segundo es «un ciprés a ras de nube» (1971: 67).

En estos textos, además, se detecta la disconformidad con el rumbo que tomó la dictadura. Más allá del enfrentamiento entre Falange y el estamento militar, muy

⁵ El posicionamiento como *bystanders* puede asemejarse al fenómeno psicológico denominado como *Efecto espectador*, cuyo ejemplo más palpable es el asesinato de Kitty Genovese, violada y asesinada en los Estados Unidos en 1964 siendo el crimen presenciado hasta por treinta y ocho personas que no hicieron nada por ayudar a la víctima. Este caso ha sido tratado en la literatura y el cine mexicano por Carlos Manuel Cruz Meza en la novela *El deseo de matar a una mujer* y la película *Escrito con sangre* (2011), dirigida por Fabrizio Prada.

presente en estas historias, la División Azul fue el reflejo, y en muchos casos la huida, de quienes veían cada vez más distante la transformación de España en un Estado nacionalsindicalista. La importancia de los azules en la División fue tal que para Hernández Navarro está «servida por el sacrificio de la mejor sangre falangista» (1971: 18). Y Salvador expresa el olvido al que fueron recluidos debido al complicado mapa geopolítico al que se enfrentó la dictadura tras el final de la Segunda Guerra Mundial:

En estos años, malaventurados años, entre conflictos posbélicos, la aventura de una División de Infantería que luchó en los frentes de Rusia ha sido objeto de muchos comentarios y maniobras, haciendo subir y bajar la presión de los hornos donde se cuecen las habas políticas. (1974: 23)

3. Conclusión

Para finalizar, cabe señalar que las novelas y memorias de la División Azul son el reflejo de las vivencias de aquellos españoles que formaron parte del Ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Su viaje hasta la denostada Rusia bolchevique fue la continuidad de la contienda fratricida que condenó a España a cuarenta años de dictadura. La misma que, según el desarrollo de sus relaciones exteriores, aupó y ocultó a los representantes de su colaboración con el nacionalsocialismo. Se trata de textos nostálgicos que rememoran sus relaciones con los alemanes y rusos, los paisajes que tanto distaban de la nación de posguerra que dejaron atrás, y una lucha cruenta pero con frecuencia idealizada. En ellos es tan importante lo que se dice —la veneración de Falange frente a la depauperación del franquismo— como lo que se calla —el genocidio judío—. Los casos de *Ida y vuelta* y *División 250*, al optar por la forma novelística, son dos ejemplos interesantes y representativos del grupo. En ellas, los autores rinden tributo a sus compañeros y, a pesar de buscar una visión global de la unidad al huir directamente del testimonio del *yo*, es inevitable que su propia vivencia esté presente. Así lo demuestra Hernández Navarro cuando Agustín retoma su vida tras la Guerra: al posar la mano sobre su casco «recuerda lo pasado; los combates; los camaradas muertos; los camaradas vivos; las mujeres; los paisajes. La emoción entera de sus alegrías y de sus dolores. Toda *una novela de recuerdos*» (1971: 248)⁶.

Referencias bibliográficas

- ARASA, Daniel (2005): *Los españoles de Stalin*. Barcelona: Belacqva.
 BLANCO, Juan Eugenio (1954): *Rusia no es cuestión de un día... Estampas de la División Azul*. Madrid: Publicaciones Españolas.

⁶ El subrayado es mío.

- HERNÁNDEZ NAVARRO, Antonio José (1971): *Ida y vuelta*. Madrid: Espasa-Calpe.
- IBÁÑEZ HERNÁNDEZ, Rafael (1996): «Españoles en las trincheras: la División Azul», en Stanley G. Payne y Delia Contreras García (dirs.): *España y la Segunda Guerra Mundial*, pp. 55-87. Madrid: Editorial Complutense.
- MAINER, José Carlos (1989): «La segunda guerra mundial y la literatura española: algunos libros de 1940-1955», en José Luis García Delgado (ed.) y Manuel Tuñón de Lara (dir.): *El primer franquismo. España durante la segunda guerra mundial: V Coloquio sobre Historia Contemporánea de España*, pp. 245-268. Madrid: Siglo XXI de España.
- MARTÍNEZ, Francisco (1984): «El estilo literario de *Camaradas 74* de Tomás Salvador». *Hispánica: Asociación Japonesa de Hispanistas* 28: 66-80.
- MORENO JULIÁ, Xavier (2010): «Mitos de la División Azul». *Temas para el debate* 186: 45-47.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel (2005): «Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005». *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea* 4: 83-116.
- (2010): «Del ruso virtual al ruso real: el extranjero imaginado del nacionalismo franquista», en Xosé Manoel Núñez Seixas y Francisco Sevillano Calero (coords.): *Los enemigos de España: imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX): actas del IV Coloquio Internacional de Historia política*, pp. 233-265. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- (2011): «¿Testigos o encubridores? La División Azul y el Holocausto de los judíos europeos: entre historia y memoria». *Historia y política* 26: 259-290.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis (2007): *De héroes e indeseables: La División Azul*. Madrid: Espasa.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (2008): *Historia de la literatura fascista española, 2 vols.* Madrid: Akal.
- SALVADOR, Tomás (1974): *División 250*. Barcelona: Ediciones G. P.
- SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier (2014): «Escritores, policías y atracadores», en Tomás Salvador: *Los atracadores*, pp. 5-16. Madrid: Salto de página.